

FUNCIONES Y MODELOS URBANOS

Miguel Alberto Guérin

El objetivo de esta última exposición es revisar algunos de los instrumentos teóricos de que habitualmente se sirve el estudio histórico de las ciudades y subrayar las principales diferencias que estos instrumentos presentan con la visión no sistemática de la ciudad.

La visión no sistemática de la ciudad está documentada en la lengua coloquial, en la que, por lo menos desde comienzos del siglo XVII, la palabra **ciudad** registra dos acepciones precisas y estables. La primera, de perspectiva sociopolítica, la define como un conjunto de hombres específicos, los ciudadanos, congregados en un lugar y sometidos a un mismo conjunto de leyes y a un mismo gobierno. La segunda, de perspectiva física, la define como un conjunto de casas ordenadas en calles.

Ambas acepciones aislan una homogeneidad, hombres o casas, de carácter aditivo, porque la lengua coloquial enuncia dos conceptos surgidos, por generalización, en la inmediatez de la percepción sensorial: se percibe un particular tipo de hombre, o de casa, y luego otro y otro, a la reunión de todos, no perceptible simultáneamente en su totalidad, se la denomina ciudad.

Para la ciencia histórica, la palabra ciudad expresa conceptos de mayor abstracción, en tanto no surgidos en la inmediatez de la percepción sensorial y destinados a permitir una organización más compleja y por lo tanto más sugerente del fenómeno urbano. En tal sentido se tiende primero a trascender la homogeneidad: la ciudad es mucho más que un grupo de hombres y el grupo de casas de esos hombres, y por otra parte los hombres no constituyen una homogeneidad específica sino algo tan heterogéneo como una entidad social, lo que equivale a decir que la ciudad es para la historia, como todo, o casi todo, una manifestación de lo social.

También tiende la historia a trascender la comprensión aditiva de la ciudad, que no es ya un agregado de hombres y de construcciones sino un todo compuesto por partes interactuantes, en el que no sólo importa definir y estudiar esas partes sino también la cualidad específica de las diferentes relaciones entre ellas que, a poco que el historiador avanza por esta línea, se convierten en el objeto de estudio más relevante de una historia urbana que desplaza su interés desde la descripción hacia la comprensión de comportamientos.

En un mayor grado de abstracción, sustentado en una forma comparativa del conocimiento histórico, el concepto ciudad abandona lo individual y se interna en las características esenciales del fenómeno urbano, lo que implica ingresar en un tiempo que se mide en magnitudes de época y en un espacio que se define en términos de región o de mundo.

Estas conceptualizaciones de la ciudad promovieron y promueven la gestación de numerosos modelos destinados a estudiar aspectos parciales o rasgos más generales del comportamiento de las ciudades; estos modelos presentan puntos de coincidencia que interesa recordar, por cuanto se han convertido, según creemos, en conceptos de referencia previa inevitable para todo trabajo de historia urbana.

Tanto la visión asistemática de la ciudad como la de cierta historia urbana que podríamos denominar tradicional, parte de una oposición irreductible entre la ciudad y su entorno. Pero los términos de esa dualidad —ciudad y campo, medio urbano y medio rural— tienden a ser concebidos, de manera manifiesta o implícita, como componentes necesarios de una entidad mayor, que denominaremos **mundo urbano**, un todo orgánico en el que se distinguen, por su especificación funcional, el **núcleo urbano** y el **área rural**. La razón de esta tendencia debe quizás buscarse en la cada vez más evidente conveniencia de comprender el núcleo urbano como organizador fundamental del espacio social, en tanto promotor y escenario de los intercambios de todo tipo: de bienes, de información y conocimientos, de valores, de procedimientos legales, de adquisición de derechos.

De esta posición teórica se derivan varias consecuencias. La primera consiste en reconocer que la única oposición conceptual significativa es la que existe entre sociedades urbanas y sociedades no urbanas. La segunda es concebir las sociedades urbanas como organizaciones de mundos urbanos interactuantes, dentro de los cuales la distinción entre núcleos urbanos y áreas rurales es necesaria pero no siempre suficiente, ya que debe tenerse en cuenta que en los intercambios de ciertos núcleos urbanos se comprometen además otras áreas directamente; las mineras terrestres, mineras marítimas y extractivas marítimas son las más evidentes. Pero la consideración más relevante que surge de esta posición es que si bien todos los mundos urbanos son equivalentes por su condición de interactuantes, no son idénticos, ya que ocupan diferentes jerarquías en la organización. Esto permite hablar de una **red de mundos urbanos**, dentro de la cual cada uno de ellos manifiesta una o varias funciones que determinan su posición jerárquica en la red. Por otra parte el hecho de que un mundo urbano carezca de determinada función, no significa que no pueda contar con ella, ya que otro u otros mundos urbanos de mayor jerarquía en la red se la suministran, lo que conlleva un control proporcional a la importancia de la función sustituida. Son ejemplos típicos de **sustitución** la función de instrucción superior o de producción de bienes culturales de consumo masivo, aunque el ejemplo más evidente y estudiado es la función de decisión política extralocal.

La utilidad del concepto **red de mundos urbanos** comprendido como una red de sustitución de funciones, se hace manifiesta al estudiar las consecuencias de la división internacional del trabajo, tema en el que su aplicación permite analizar las complejas y variadas consecuencias de la dependencia económica en el sistema internacional, sin las limitaciones de la referencia necesaria a uno o varios sistemas nacionales.

Corresponde ahora señalar ciertas características de las relaciones entre el núcleo urbano y su área rural. Estas relaciones no dependen de la continuidad física, es decir que resulta en teoría normal que una tierra continua a un núcleo urbano no forme parte de su área rural que, no obstante, comprende tierras discontinuas al núcleo, ni dependen de la distancia: de dos tierras igualmente alejadas de un núcleo urbano, una puede formar parte de su área rural y otra no. Finalmente, tampoco dependen de la continuidad política: un núcleo urbano y su área rural o un sector de la misma, pueden formar parte de distintas organizaciones políticas de cualquier nivel. Las relaciones entre un núcleo urbano y su área rural, caracterizada siempre, aunque no exclusivamente, por ser una tierra utilizada como recurso extenso de empresas de la más diversa magnitud, destinadas a producir para mercados extralocales, dependen de la **complementación** de funciones, lo que implica su carácter dinámico y cambiante a través del tiempo.

Observaciones similares pueden hacerse para las relaciones entre los mundos urbanos dentro de la red: no dependen de características del espacio físico —distancia y continuidad entre mundos urbanos— ni de la homogeneidad del espacio político sino de la sustitución de funciones, que implica el control de unos por otros. Es propio de esta sustitución de funciones que para el mundo urbano controlado, el controlante forme parte de su núcleo urbano, y que para el controlante, el mundo urbano controlado forme parte de su área rural. Es decir, que, en términos de funciones, a una mayor jerarquía en la red corresponden mundos urbanos con núcleos de mayor dimensión relativa, mientras que las áreas rurales de mayor dimensión relativa son propias de los mundos urbanos de menor jerarquía en la red.

Estas organizaciones de complementación o de sustitución de funciones se manifiestan en los distintos filetes que integran la red de circulación, y la tendencia en las redes, que evolucionan desde una circulación lenta, condicionada sólo por lo físico y homogénea, a una circulación veloz, muy condicionada por la tecnología y heterogénea, evidencia, en los mundos urbanos de menor jerarquía en la red, una progresiva diferenciación entre la red de circulación que articula los mundos urbanos y la que corresponde al interior de cada uno de ellos.

Finalmente, en los mundos urbanos de menor jerarquía en la red, la sustitución de funciones también afecta los servicios disponibles para sus habitantes. A mayor sustitución de funciones corresponde un incremento en la disponibilidad y una progresiva desvinculación entre los servicios ofertados y las necesidades específicas del mundo urbano en cuestión.